



La máxima fundamental de que parte, es un verso que dice: «Los poetas mienten con frecuencia.» A las ficciones que ostentan en un pasaje, quiere que se opongan las verdades que propalan en otro. Su último recurso es la autoridad de la filosofía.

Antes de él, Platon fué más lejos. No contento con vituperar á Hesiodo y á Homero, por haber atribuido á los dioses cosas que no son verdaderas ni de buen ejemplo, les destierra de su república. Hé aquí cómo discurre: «Un dios es esencialmente bueno, perfecto, inmutable. Todo el que dé sobre este punto ideas contrarias es falso, impio, y no puede ménos de corromper el alma y el corazón de la juventud. Hesiodo y Homero están llenos de estas escandalosas fábulas. Es preciso, pues, desterrarles, así como la comedia que no tiene otro objeto que hacer reír. La única poesía que podemos admitir es la que es propia á darnos de la divinidad una idea justa, y á hacernos sólidamente virtuosos (1).»

Hé aquí lo que decía Platon; pero ¿quién lo ejecutará? Desterraba de su imaginaria ciudad á Homero y á Hesiodo con sus fábulas; pero ¿quién les desterrará del mundo real? Quería que la poesía cantase la verdad, lo justo, lo bueno, lo honesto; pero ¿quién le hará conocer todo esto? ¿quién la quitará sus mantillas y hará que abandone sus vanas ilusiones? ¿quién le dará á conocer y cantará con seguridad al verdadero Dios? No será Platon ni Sócrates, sino Dios solamente. O más bien, la casa está ya hecha. Sin desterrar á Homero ni sus fábulas, la Providencia ha hecho mucho mejor que esto; les ha hecho, no solamente sin igual, sino útiles también; nos les ha dejado como un juguete de la humana infancia, que recuerda al hombre hecho el candor, la gracia, las ilusiones de la juventud, y le insinúa lo que ahora debe ser en la edad viril del catolicismo.

Lo que deseaba Platon, puede ahora hacer la poesía. Dios se ha manifestado por sí mismo y por sus obras. La poesía puede saber lo que es y lo que ha hecho; puede tomarle también por modelo. Poema quiere decir literalmente creación, poeta creador. En este sentido, Dios es el verdadero poeta; la creación, el poema de Dios. El fin de este poema es la glorificación de Dios en las criaturas; su duración es el tiempo; el universo es el lugar de él; la acción marcha de una á otra eternidad. Parece algunas veces suspendida, y como que retrograda; pero siempre avanza, llevando consigo los siglos y los pueblos. Preséntanse obstáculos que parecen trastornarlo todo: la revolución de una parte de los ángeles, la caída del hombre; pero estos obstáculos vienen á ser un medio. Cristo se anuncia y aparece; es el principal personaje. Crea, rescata, combate, triunfa. Dios y hombre, espíritu y cuerpo, uno y reconcilia todo en su persona. Es el principio, el medio, el fin de todas las cosas. Quien le conoce bien, comprende fácilmente el poema de Dios; quien le conoce mal, le comprende también mal; quien no le conoce del todo, no le comprende del todo y se pierde

(1) Plat., *De repub.*, lib. II y III.

en un pequeño fragmento. El que le conociera y amara hasta identificarse con él en cierta manera, hasta contemplarle ya, por decirlo así, en su esencia, comprendería perfectamente todo el poema; comprendería, no solamente el conjunto de él, sino también los detalles; vería que todo, hasta una coma y un punto, son allí espíritu y vida. La creación en su totalidad le sería una poesía, una música, en donde cada palabra, cada nota tiene vida y habla. Arroba-do y fuera de sí, comprendería, vería, un santo nos lo ha dicho (1), cómo todas las criaturas tienen en Dios la vida, el movimiento, el sér. Vería cómo en Cristo, por diversas que sean, por disonantes que aparezcan, forman una inefable armonía. La vista de un ave, de un tallo de yerba, bastaría para despertar en él, como en Francisco de Asís, el sentimiento de este divino concierto. Su alma en éxtasis, como sucedió á Santa Teresa, exhalaría espontáneamente estrofas poéticas.

¡Ah! ¿Cuándo veremos poetas que respondan á su sublime vocación? ¿Cuándo se elevarán por la vivacidad de su fe y de su amor, hasta el seno del poeta eterno? ¿Cuándo se dispondrán, por la pureza de su corazón, á recibir el soplo divino del espíritu vivificante que animó á los profetas? Se quejan de que no les queda nada que cantar. Y los más célebres hasta la fecha no han hecho sino algunos versos del infinito poema de Dios.

HISTORIADORES.

Lo que Cristo es para la filosofía y para la poesía, es también para la historia: el centro de donde todo radia y adonde todo va á reflejarse.

Todo ha sido creado por él y para él; todas las cosas tienen en él su unión; es la sabiduría que abarca de una á otra extremidad con fuerza, y dispone todo con dulzura; es la verdadera luz que brilla en este mundo, y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Nadie puede ser verdaderamente iluminado, verdaderamente sabio ó filósofo, si no es por él y en tanto que le conoce.

Uniendo en su persona Dios y hombre, espíritu y materia, siendo el mediador para glorificar á Dios en todas las criaturas y á todas las criaturas en Dios, trasfigurar, divinizar en cierta manera toda la creación: él es la verdadera fuente de esta sobrehumana armonía de pensamientos, de sentimientos y de lenguaje, que constituye la poesía perfecta.

Habiendo Dios su padre hecho por él los siglos, habiendo resumido, recapitulado en él todos sus designios, todas sus obras, la historia no puede encontrar sino en él el conjunto de los siglos y de los sucesos. Y de hecho, este conjunto no se ve en ninguna historia no cristiana.

Para la antigüedad de los tiempos, un sabio orientalista de nuestros días ha clasificado así las épocas en que comienza la certidumbre

(1) San Juan de la Cruz.



de la historia indígena entre los principales pueblos del Asia.

Los chinos en el siglo IX antes de Jesucristo.

Los japoneses en el VII.

Los georgianos en el III.

Los Armenios en el II.

Los Tihbetanos en el siglo I después de Jesucristo.

Los persas en el III.

Los árabes en el V.

Los indios y los mongoles en el XII.

Los turcos en el XIV (1).

Bueno es observar que no se trata aquí únicamente de la historia indígena de cada uno de estos pueblos, y en manera alguna, de una historia general de la humanidad.

Esto respecto del Oriente. En cuanto al resto del mundo, otro sabio de nuestros días resume así sus antigüedades históricas:

«La cronología de alguno de nuestros pueblos de Occidente no se remonta, por una continuada serie, á más de tres mil años. Alguno de ellos no puede ofrecernos, antes de esta época, ni aun dos ó tres siglos después, una serie de hechos enlazados entre sí con alguna verosimilitud. El norte de Europa no tiene historia sino después de su conversión al cristianismo; la historia de España, de la Galia, de Inglaterra, no data sino desde las conquistas de los romanos; la de Italia septentrional, antes de la fundación de Roma, es hoy casi desconocida. Los griegos confiesan que no poseyeron el arte de escribir hasta que los fenicios se le enseñaron, hace treinta y tres ó treinta y cuatro siglos; todavía mucho tiempo después, su historia está llena de fábulas, y no hacen remontar más que á trescientos años más arriba los primeros vestigios de su reunión en cuerpo de pueblos. No tenemos de la historia del Asia occidental sino algunos contradictorios extractos que no alcanzan, con alguna continuación, sino á veinticinco siglos, á Ciro, cerca de seiscientos cincuenta años antes de Jesucristo; y admitiendo lo que se refiere de ellos como más antiguo con algunos detalles históricos, no se elevaría apenas á cuarenta siglos partiendo de nuestros días.

«El primer historiador profano cuyas obras han llegado hasta nosotros, Herodoto, no tiene dos mil trescientos años de antigüedad. Vivía cuatrocientos cuarenta años antes de Jesucristo. Los historiadores anteriores que pudo consultar, Cadmo, Hecateo de Mileto, Caron de Lamsaca, etc., no datan más allá de un siglo antes de él.

«Puédese también juzgar de lo que eran por las extravagancias que nos quedan, tomadas de Aristeo de Proconeso y de algunos otros.

«Antes de ellos no había más que poetas, y Homero, el más antiguo que se posea, Homero, el maestro y el modelo eterno de todo el Occidente, no precedió á nuestra edad más que en dos mil setecientos ó dos mil ochocientos años.

(1) Klaproth, *Asia poliglota*, pág. 174.

«Cuando estos primeros historiadores hablan de antiguos sucesos, ya de su nación, ya de las naciones vecinas, no citan más que tradiciones orales y no obras públicas. Mucho tiempo después de ellos es cuando se han dado pretendidos extractos de anales egipcios, fenicios y babilónicos. Beroso escribió bajo el reinado de Seleuco Nicator; Hierónimo, bajo el de Antioco Soter, y Maneton, bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo. Los tres son únicamente del tercer siglo antes de Jesucristo.

Sea Sanchoniaton un autor verdadero ó supuesto, no se le conocía antes que Filón de Biblos publicase de él una traducción bajo Adriano, en el segundo siglo después de Jesucristo; y aun cuando se le hubiera conocido, no se hubiera encontrado en él, acerca de los primitivos tiempos, como en todos los autores de esta especie, sino una teogonía pueril, ó una metafísica de tal manera encubierta bajo alegorías, que es desconocida é incomprensible (1).»

Hé aquí, según estos dos sabios, todo lo que la antigüedad profana nos ofrece en materia de historia.

Aun cuando el primero hace remontar, para los chinos, el principio de la certidumbre histórica hasta el noveno siglo antes de Jesucristo, no quiere esto decir que tengan una historia escrita desde aquel tiempo. El Chu-King es el más antiguo monumento de la historia nacional de la China. Fué compendiado por Confucio, con trozos de obras anteriores, hacia la mitad del quinto siglo antes de la era cristiana. No es tampoco una historia propiamente dicha, sino una especie de tratado histórico de moral para uso de los reyes y de sus ministros. Cuvier no ve en él más que un romance moral y político (2). Doscientos años más tarde tuvo lugar, dicen los chinos, la persecución de los letrados y la destrucción de los libros bajo el imperio de Chi-hoangti, que quería destruir las huellas del gobierno feudal establecido bajo la dinastía anterior á la suya. Cuarenta años después, bajo la dinastía que había derrocado aquella, á la cual pertenecía Chi-hoangti, una parte del Chu-King fué restaurado de memoria por un viejo letrado, y otra fué encontrada en un sepulcro; pero casi la mitad desapareció pa-siempre. Un siglo antes de Jesucristo fué únicamente cuando Ssema-tsian, comenzó el primero una historia propiamente dicha de la China. Así, pues, hay sabios que no reconocen historia completamente cierta de este país, sino después del incendio de los libros, cerca de doscientos cincuenta años antes de Jesucristo (3).

Respecto á lo que sabían de historia antigua los griegos y los romanos, el más sabio de los romanos, Varron, distinguía en ella tres períodos: el primero que llama oscuro, incierto, desde el origen del género humano hasta el gran cataclismo; el segundo, que llama fa-

(1) Cuvier, *Discurso sobre las revoluciones de la superficie del globo*.

(2) *Ibid.*, pág. 218, ed. 1825.

(3) Goguet.



buloso, teniendo en cuenta que está lleno de fábulas, desde el primer cataclismo hasta la primera olimpiada, setecientos setenta y seis años antes de Jesu Cristo; el tercero, que llama histórico porque los hechos son referidos en historias verdaderas, desde la primera olimpiada hasta su tiempo, que era el de César y de Augusto (1). Así, pues, la historia cierta de la antigüedad profana no se remonta más allá de ocho siglos antes de Jesu Cristo, dos siglos después de Salomón.

Sólo Cristo abarca todos los tiempos. Su generación divina es de la eternidad. Su genealogía humana se remonta sin interrupción, por Salomón y por David, á Abraham, á Noé, á Seth, que fué de Adán, que fué de Dios. La Escritura señala los años que vivieron estos patriarcas, así como los principales acontecimientos que conciernen á la raza humana. El más grande de estos sucesos es la venida misma de Cristo. Todos los demás se enlazan en ella, ó como causas ocasionales, ó como preparativos, ó como figuras ó como efectos. Uno de estos efectos es el cristianismo, que ha regenerado el linaje humano, y que, por él sólo, justifica todo lo demás. Cristo es, pues, así el punto culminante de los siglos y de los acontecimientos, por consiguiente, de toda la historia.

Así los antiguos que, sin conocer este gran acontecimiento, emprendieron una historia universal del género humano, tales como Herodoto, Diodoro de Sicilia, entre los griegos, no pudieron darla un conjunto natural, una verdadera unidad. Herodoto toma por centro la Grecia. El primero que tuvo relaciones con los griegos fué Cresos, rey de los lidios; de aquí la historia de este rey y de su pueblo. Cresos fué vencido por Ciro, rey de los persas; de aquí la historia de Ciro, así como la de los persas y de los medos. Cambises, hijo de Ciro, invadió el Egipto; de aquí la historia de este país, así como la de los países limítrofes, la Etiopía y la Libia. Darío, hijo de Histaspes y sucesor de Cambises, hace la guerra á los escitas; de aquí la historia de los escitas y de los indios. Darío y Jerges, su hijo, entran en la Grecia; de aquí una historia detallada de los pueblos griegos y de sus costumbres. Tal es el plan de Herodoto. La unidad artificial es la Grecia; la unidad natural es el imperio de los persas, segunda dinastía del imperio universal, la cual acaba de derribar la primera, la de Babilonia, y prepara los caminos á la tercera, la de los griegos. Herodoto había hecho también, ó al menos se había propuesto hacer una historia de los asirios. Si hubiera llegado hasta nosotros, tendríamos quizá algunas noticias más ciertas sobre esta primera dinastía ó este primer período de la gran monarquía. Decimos quizá, porque, en estos remotos tiempos, el recuerdo de los acontecimientos se alteraba bastante pronto. Respecto de Ciro mismo, este príncipe tan notable, y cuya historia hubiera debido ser tan conocida, tan popular, Herodoto, que vivía cien años solamente después de él, confiesa que ha-

(1) Censorin, *De die natali*, c. 21.

bia ya tres diferentes opiniones; y, en efecto, sesenta años más tarde Jenofonte nos da de este príncipe una biografía completamente opuesta á la de Herodoto. En lo que este último se distingue es en el arte de narrar los hechos. Su historia está llena de relaciones maravillosas y atractivas, pero las da tal como las ha recibido; de un sinnúmero de curiosas observaciones sobre la naturaleza de los diversos países, las costumbres de sus habitantes; observaciones consideradas frecuentemente como fábulas, pero cuya sorprendente justicia han reconocido más de una vez los viajeros modernos.

Diodoro de Sicilia, bajo los reinados de César y de Augusto, hizo una historia universal en cuarenta libros. Los tres primeros, sobre las antigüedades de los bárbaros; los tres siguientes, sobre las antigüedades de los griegos, hasta la guerra de Troya; después once, desde esta guerra hasta la muerte de Alejandro, y los veintitres últimos, desde esta muerte hasta el año 60 antes de Jesu Cristo. En cuanto á los tiempos que precedieron á la guerra de Troya, dice que nada puede asegurarse, teniendo en cuenta que no ha quedado ningún monumento auténtico. Desde esta famosa guerra hasta la olimpiada ciento ochenta, sesenta años antes de Jesu Cristo, cuenta mil ciento veintiocho años (1), lo cual haría colocar esta guerra, mitad fabulosa, mitad histórica, hácia el tiempo de Jefe. La historia de Diodoro, por confesión de un autor, no tiene, pues, ninguna certidumbre acerca de los primitivos tiempos. En una época posterior, se ve en ella la continuación del imperio de los persas; véase pasar este imperio á manos de los griegos, en la persona de Alejandro de Macedonia. Veríase, en fin, la cuarta dinastía del imperio universal, los romanos suceder á los griegos; pero desde el libro veinte, en que se trata de las guerras que se hicieron los generales de Alejandro después de su muerte, no se tienen más que algunos fragmentos de los veinte restantes.

Trogo Pompeyo, nacido en las Galias, había también hecho, bajo Augusto, y en latín, una especie de historia universal en cuarenta y cuatro libros; pero no nos ha quedado de él más que un pequeño extracto hecho por Justino.

Apiano, griego de Alejandría, compuso dos historias universales en cierto sentido. Una comenzaba en la guerra de Troya y acababa en tiempo de Trajano, bajo cuyo reinado vivía; la otra contenía la historia de todos los pueblos conquistados por los romanos. No nos quedan más que algunos libros de una y otra.

Los demás historiadores de la antigüedad profana que han llegado hasta nosotros, ya en totalidad, ya en parte, no escribieron más que historias particulares; Jenofonte, la vida de Ciro; Arriano y Quinto Curcio, la expedición de Alejandro; Tucídides, la guerra de cerca de treinta años entre Atenas y Esparta, conocida bajo el nombre de guerra del Peloponeso; Tito Livio y Dion Casio, una historia romana desde

(1) Diodoro, lib. I.



su primitivo origen hasta su tiempo: el primero bajo Augusto, el segundo bajo Alejandro Severo; Dionisio de Halicarnaso, las antigüedades de esta historia; Polibio, el período desde el principio de las guerras púnicas, hasta el fin de la guerra de Macedonia; Salustio, dos acontecimientos; Julio César, dos memorias sobre sus propias guerras; Suetonio, la biografía de los doce primeros Césares; Tácito, la historia de sus reinados, así como de algunos otros. A estos historiadores se puede añadir Estrabon, que al principio de la era cristiana hizo una geografía histórica de todo el mundo conocido entonces; y Pausanias que dos siglos más tarde escribió un *Viaje histórico por Grecia*.

Todas estas historias se refieren, más ó menos directamente, á las cuatro grandes naciones que se han sucedido en la dominación universal: los asirios, los persas, los griegos, los romanos. La historia china parece destinada á darnos algunas noticias sobre el origen y las emigraciones de estos pueblos bárbaros, que derrocaron por los cimientos este imperio de los siglos, y sirvieron ellos mismos de elementos para la regeneración del linaje humano por el cristianismo. Todas las historias huma-

nas no formarán así más que una historia.

El primero que nos reveló este magnífico conjunto es el profeta Daniel, en la estatua profética de Nabucodonosor: una, pero compuesta de cuatro metales unidos; un imperio, pero de cuatro dinastías sucesivas; estatua derribada, reducida á polvo por una piedra que llega á ser una montaña; imperio aniquilado y cediendo el paso al imperio de Cristo, que débil en un principio, llenó bien pronto el universo. Después del profeta, los Padres de la Iglesia, San Justino, San Teófilo de Antioquía, Julio Africano, Clemente de Alejandría, Eusebio de Cesarea, son los primeros que, completando, rectificando las cronologías profanas por las Escrituras divinas, señalaron la historia humana como una inmensa cadena, que partiendo del trono del Eterno, se prolonga, á través de los siglos, desde Adán hasta Cristo; desde el primer advenimiento de Cristo, hasta su advenimiento final, y vuelve á unir así por los dos extremos el tiempo á la eternidad. En cuanto á la duración total del género humano, y de la Providencia oculta que hace de él un todo viviente, ninguno ha escrito mejor que San Agustín, en su gran obra *De la Ciudad de Dios*, de otra manera la Iglesia católica.